



SEMANARIO PATRIOTICO.

365

N.º LXVII.

jueves 11 de Julio de 1811.

Impugnacion de algunos errores políticos que contiene la carta pastoral del Illmo. Sr. Obispo de Cuenca, impresa pocos dias há en esta ciudad.

Habiéndose reunido los representantes del pueblo español para sancionar la soberanía de este y afianzar su libertad política y civil, parecía que todos los escritos y discursos deberían encaminarse á ilustrar á la nacion en tan importantes asuntos dando por el pie á las perniciosas doctrinas que el despotismo y la servil adulacion han procurado extender y arraigar para convertir á los hombres en estúpidos y sumisos esclavos. Tan noble tarea correspondía principalmente á los que por su ministerio están constituidos en la obligacion de enseñar al pueblo, y tienen influencia en él por su alto caracter ó dignidad.

La libertad bien entendida, tan conforme al espíritu del evangelio y á los principios de la sana política, debería ser recomendada por los pastores de la iglesia quando por incidencia ó de propósito hablasen al pueblo de la autoridad del gobierno, y de las obligaciones que con él tienen contraídas los ciudadanos: materia delicada que no tratándose con la debida imparcialidad, tino y cono-

xx

cimiento, puede inducir á errores y consecuencias funestas.

Esta es la razon porque nos proponemos rebatir algunos errores políticos que se han deslizado en la carta pastoral del Illmo. Sr. Obispo de Cuenca. Resperando como debemos su alta dignidad, entraremos en el examen de aquella con el decoro y circunspeccion que piden así el caracter de la persona, como la importancia del asunto.

Dice así el Illmo. en la página décima de su pastoral: „Estad alerta y con gran vigilancia para precaveros de la seducción que él (demonio) y sus prosélitos quieren introducir en el pueblo cristiano (con la dorada fabada de defender los derechos del hombre) baxo cuyos auspicios quieren quitar toda legitima potestad sobre la tierra: ellos dicen que el poder de los reyes no viene de Dios, sino solamente del pueblo por cuya autoridad y arbitrio la exercen con responsabilidad á él mismo y á las leyes que le quiera imponer: en cuyo supuesto pretenden que el rey no haya de ser un padre y señor de sus vasallos ni un ministro de Dios á quien solo debe responder del bueno á mal uso que hiciere de su poder, sino que meramente lo dexan en la clase de un administrador de la autoridad que el pueblo le confia... Con que son prosélitos del demonio quantos opinan que la potestad real dimana del pueblo y que á la voluntad general ó leyes de este deben estar sujetos los monarcas? Pues Illmo. Sr., prosélitos del demonio fueron por muchos siglos los aragoneses, quienes consideraban como principio fundamental de su constitucion la facultad de deponer al rey y elegir otro sino les guardaba los fueros segun aquella fórmula enérgica y bien conocida: *Noz que somos tanto como vos os facemos rey á condicion que nos hayades*

de guardar los nuestros fueros, y sino no. O'serve V. S. I. qu
dice os facemos rey: y ciertamente ¿quién los ha de hacer
y deshacer sino el pueblo? Prosélitos del demonio serían
los castellanos quando alzándose contra Enrique IV. por
su mal gobierno, y juntos los tres brazos ó estados del
reino, le juzgaron y sentenciaron á ser depuesto en es-
tatuá porque no podían haberle á las manos. Efectiva-
mente en Avila se verificó la execucion de la sentencia
delante de dichos estados y de un concurso numeroso.
Leído que fué el primer cargo de la acusacion se levantó
el arzobispo de Toledo (que no era filósofo moderno ni
libertino) y quitó la corona á la estatuá del rey; el con-
de de Plasencia le quitó la espada, el de Benavente le
arrancó el cetro de la mano, y D. Diego de Zúñiga
arrojó al suelo el simulacro, y luego se procedió á nom-
brar sucesor en la corona de Castilla. Prosélito del de-
monio sería el P. Mariana quien en la historia de Es-
paña pone en la boca del condestable D. Ruy Lopez Dá-
valos las siguientes palabras: *Al principio del mundo vivían
los hombres derramados por los campos á manera de fieras, no
se sugetaban en ciudades ni en pueblos: solamente cada qual
de las familias reconocía y acataba al que entre todos se
aventajaba en la edad y en la prudencia. El riesgo que to-
dos corrían de ser oprimidos de los mas poderosos y las con-
tendas que resultaban con los extraños, y aun entre los mis-
mos parientes, fueron ocasion que se juntasen unos con otros,
y para mayor seguridad se sugetasen y tomasen por cabeza
al que entendían con su valor y prudencia los podría am-
parar y defender de qualquier agravio y demasia....El de-
masiado poder de los reyes bizo que heredasen las coronas los
bijos, á veces de pequeña edad, de malas y dañadas costum-
bres. ¿Qué cosa puede ser mas perjudicial que entregar á cie-*

gas y sin prudencia al hijo, sea el que fuere, los tesoros, las armas, las provincias, y lo que se debía á la virtud y méritos de la vida, dallo al que ninguna muestra ha dado de tener bastantes prendas?

Ya vé V. S. I. que los rancios y sesudos españoles reconocían la soberanía del pueblo, la facultad que tiene de poner y quitar reyes, y la dependencia en que estos están de la nación que los ha nombrado: por consiguiente esta doctrina no se ha tomado de los libros franceses ni se ha aprendido de los filósofos novadores; pues muchos siglos antes que estos caballeros viniesen al mundo, nuestros mayores filósofaban sin charlatanismo, y sabían poner freno á los reyes con el debido juicio.

Los textos de la sagrada escritura que V. S. I. alega en apoyo de su opinion se explican é interpretan fácilmente. *Toda potestad viene de Dios.* Ciertamente, porque Dios es el autor de la sociedad humana; y quando los hombres se reunen en ella y establecen un gobierno para su bien y defensa, se conforman con las miras sabias y benéficas de la divinidad. Mas no por eso diremos, ni debe decirse, que el supremo hacedor ha dado al turco su monstruoso despotismo, y á Napoleon el cetro de hierro con que oprime á una gran parte del continente. Esto es obra de los miserables mortales; á cuyo propósito usaremos del simil exácto y oportuno con que ilustra S. Juan Crisóstomo este mismo asunto diciendo: tambien Dios instituyó el matrimonio; mas no señala al hombre la muger que ha de elegir, sino que lo dexa á su libre alvedrio. ¿Y osará culpar á Dios de su desacierto el necio que tome por esposa á una disoluta? No abusemos, pues, de los textos sagrados, como han hecho algunos obispos de Francia para adular al corso, queriendo pro-

bar que la divina providencia le ha llamado al trono. Por igual abuso se llama José rey de España *por la gracia de Dios*. Además, la religion cristiana no se mezcla en los asuntos de la política, segun las palabras del salvador: *mi reyno no es de este mundo*; y así prescinde de gobiernos terrenales y perecederos: solo encarga la debida obediencia y sumision á las autoridades que gobiernan. Dad al cesar lo que es del cesar, decía el redentor, y á su exemplo deben decir los obispos y demas pastores católicos de una república: obedeced á los supremos magistrados elegidos por la nacion, y dadles lo que les es debido, así como en la pastoral de que tratamos pág. 10 enseña V. S. I. que todos los pueblos de esta monarquía deben obedecer y estar subordinados al augusto congreso de cortes que exerce la soberania. Ahora bien; si V. S. I. reconoce la soberanía del pueblo, representado por el congreso nacional, ¿cómo trata de proscribir del diablo á los que defienden los derechos del hombre, y hacen á los monarcas dependientes de la voluntad general, y quieren sugetarlos á las leyes, y no los consideran como ministros de Dios ni como señores de vasallos? Enhorabuena que sus personas sean inviolables, sagradas por decirlo así, pues conviene politicamente que el supremo ó primer magistrado de la nacion tenga esta inviolabilidad; pero á lo menos sus ministros deben ser responsables á la nacion de los desórdenes ó abusos que se cometan en la administracion pública. En suma, el monarca no ha de ser superior á las leyes, pues de lo contrario no tardariamos en volver á los aciagos tiempos de Carlos IV.

Con este recuerdo fatal ¿hay quién se interese todavía en hacer á los reyes absolutos? ¿quien trate de sumergir al pueblo en el abatimiento servil é indigenia lastimosa

en que yacía? ¿Esta había de ser la recompensa de tanta sangre vertida, de tantas familias arruinadas, de tantas muertes, fatigas, tormentos y otros sacrificios? La arbitrariedad y el insolente poderío de un déspota resérvense para esos volubles y corrompidos franceses que á pesar de su decantada ilustración no supieron consolidar un gobierno juiciosamente libre: pero el pueblo español, que supo conocer y apreciar su dignidad y consideración política aun en los siglos de la mayor ignorancia, ¿se someterá á los caprichos de un hombre, quando tiene las armas en la mano para recobrar sus derechos é independencia?

Pero continuemos el exámen de la pastoral. „Vosotros, españoles, dice en la pág. 13, estais bien persuadidos de que los reyes de España en lo general no se han tenido por crueles déspotas que á su arbitrio tiranizen los pueblos, sino como unos padres benignos que siempre han procurado la felicidad de sus vasallos.... han tenido presente que son ministros de Dios á quien representan, y de cuyo infinito poder han recibido las facultades que ejercen sobre su pueblo.“ Abrase la historia, y se verá la beneficencia de esos *padres benignos que han procurado la felicidad de sus pueblos*. Violentas usurpaciones, guerras interminables y sangrientas entre reyes enlazados con los estrechos vínculos del parentesco por la posesion de unas quantas leguas de terreno, mancebías escandalosas, castigos horribles por un levisimo desacato á su *omnipotente* magestad: privanzas de insolentes favoritos: fausto y opulencia en la corte: llanto y pobreza en las provincias: he aquí los principales beneficios con que han regalado la mayor parte de los reyes al desdichado pueblo quando este no ha sido bastante poderoso á contenerlos.

con el freno de la ley. ¿Y estos monstruos coronados y otros imitadores suyos, solo por que se digan reyes, han de ser ministros de Dios, y han de representar al Ser inefable que mantiene con tan admirable orden este universo, que es la suma bondad, la suma justicia y finalmente que encierra en sí todas las virtudes y perfecciones?

Veamos ahora cómo pinta al pueblo español el reverendo obispo que ha hecho el panegírico de los reyes *sobrehumanándolos*, si se me permite esta expresion. „Pero; qué dolor, exclama S. I. no debe causarnos el observar que tanto la fe de nuestros exércitos como la *nuestra* si no está enteramente extinguida, se halla muy próxima á apagarse. Y sino, mirad el estado moral de nuestras operaciones, y advertireis que parece se ha borrado del corazón de los españoles aquella luz que el mismo Dios esculpió en ellos para que les sirviese de norte en todas las operaciones de la vida &c.

Parécenos Illmo. Sr. que la fe no debe de estar tan muerta quando el pueblo ha tomado las armas para vengar los ultrages hechos á la religion y á la patria. ¿Qué otro estímulo ha convertido en guerreros á los labradores? ¿Qué otra satisfaccion y recompensa los anima y sostiene en su noble empeño? Hambrientos pelean, descalzos los vemos marchar á veces, y á pesar de tantas privaciones no desamparan las banderas del patriotismo. Dignos son, pues, estos heróycos defensores del mayor elogio; de fieles se precian, y como tales se sacrifican. ¿Qué mas puede exigirse de ellos? Si el éxito de las operaciones militares no corresponde á nuestros deseos, sino se coge el fruto de las victorias mas completas ¿culparemos al infeliz soldado? ¿Diremos que no tiene *sindéresis*? Esto Illmo. Sr.

es obra de los gefes ó del gobierno. Á ellos, pues, debemos dirigirnos quando se trata de tacha el desacierto, la lentitud, el egoismo, la desunion ò otros defectos que descompongan el plan mejor combinado. Á la cabeza se deben dirigir los golpes, no á los pies ni á los brazos: de aquella viene el mal, no de estos. Si en la casa de un particular hay desòrden, culparemos á los sirvientes, y no al padre de familias que debe dirigirla con prudencia y acierto. Mucho tiempo há que se está escribiendo y declamando contra nuestros males, y rara vez se sube al origen de ellos: quien se exhala en vagas y pomposas declamaciones, que por la demasiada generalidad producen poco ó ningún efecto: quien acomete rabiosamente á ciertos individuos ineptos como si en ellos estribase la salud y libertad de la patria, como sino fuese la culpa del gobierno el emplear sujetos incapaces. En el confuso torbellino de opiniones que nos rodea, solo se escucha la voz de algunos hombres sensatos que sin ahorcar en delirantes sueños, ni contemporizar baxamente, notan falta de actividad, entereza y teson, (no de rectitud y buena fe) en los que mandan, para hacer que los generales introduzcan en los exércitos una rigurosa disciplina, y caminen de comun acuerdo al fin principal; que los tribunales administren con expedicion la justicia: en suma que cada qual desempeñe con debida puntualidad las funciones que tiene á su cargo.

„ Este es el motivo (la impiedad) continúa la pastoral, por que vemos trastornado el órden moral de nuestras acciones, y de que haya llegado la relaxacion de nuestras costumbres á tal punto que todas las clases, estados y condiciones del hombre parece se hallan enteramente corrompidas: así que observamos con gran senti-

miento la religion vilipendiada , olvidados sus mas justos deberes , la devocion y recato tratados de supersticion , fanatismo y debilidad de espíritu ; el libertinage aplaudido y autorizado aun por muchos de aquellos que se hallan colocados en los destinos mas eminentes , los quales creyéndose mas sabios que los demas quieren ser superiores á todos &c.“ ; y mas adelante : „Ved aquí amados diocesanos, porqué se vé hoy la religion tan vilipendiada y *perseguida* , se desprecia altamente á los ministros de Dios &c.“

Á vista de este quadro tan lastimoso de corrupcion se creeria que habiamos venido á parar los españoles á un inmoral jacobinismo , si por fortuna no se viese que el congreso nacional , la regencia y demas clases del estado defienden y protegen con un vivísimo interes la religion de nuestros padres: que los pundonorosos y sensatos españoles no se han envilecido hasta el punto de tratar de supersticion y fanatismo á la devocion y al recato : que el libertinage ni se aplaude , ni menos se autoriza , antes bien se detesta generalmente. ¿Y donde están los perseguidores de la religion entre nosotros? ¿Qué secta fanática se ha levantado hasta ahora contra los infalibles dogmas de nuestra santa fe? ¿Tanto es el descuido de nuestro gobierno que permita una persecucion de esta naturaleza! ¿tanta nuestra ceguedad que no la vemos! ¿Y en que parte de España se desprecia á los ministros de Dios? ¿Cuáles son los desacatos que se hacen á los venerables sacerdotes? Entretanto que se nos contesta á estas preguntas, reduzcamos las cosas á su justo valor. Vicios hay indudablemente, corrupcion y libertinage (¡plugiera á Dios que no lo hubiese!) mas no tanto que baste á pervertir la sociedad entera. Algo mas viciadas estaban las costum-

bres en tiempo del sensual Godoy, en cuya corte escandalosa vimos verdaderamente ajada y vilipendiada la dignidad episcopal, envilecida la nobleza, prostituido el poder y finalmente autorizada la disolucion. Entonces, si, que era la ocasion oportuna de declamar, de tronar contra el privado irreligioso y poligamo que desmoralizaba, por decirlo asi, la nacion, y preparaba las sangrientas escenas que en el dia lloramos? Pero ¡ah! como se contemporizaba! ¿cómo se pedian dignidades eclesiásticas al profanador del altar y del sacerdocio!

Hoy todos los españoles estamos, por decirlo asi, hermanados para hacer causa comun contra el opresor de la Europa, á quien interesa sobremanera el desunirnos con encontradas opiniones, ya politicas, ya religiosas: asi que nuestro principal objeto debe ser la concordia y uniformidad. Si empleamos el tiempo en disputas acaloradas defendiendo unos el despotismo, y otros el gobierno constitucional; si nos agriamos é indisponemos con tales controversias, en lugar de unirnos y estrecharnos mas y mas para resistir al enemigo; á Dios libertad, á Dios patria. *Divide et impera* es una máxima muy antigua, puesta hoy en práctica por Napoleon; con que si nosotros mismos nos desunimos, le damos hecha la mitad de la obra.

Ultimamente, ¿qué significan estas acusaciones vagas de irreligion y libertinage mezcladas con asuntos meramente políticos? ¿Dónde están, quiénes son esos impíos que defendiendo los derechos del hombre vilipendian y combaten nuestra sagrada religion, y menosprecian á sus respetables ministros? Señálense; déense á conocer al gobierno estos delinquentes con hechos justificativos, no como el ligero criticastro que en una gazeta de Cadix

cacha de impíos á algunos periodistas, porque escriben contra los abusos; porque defienden la libertad de imprenta; porque se oponen á los defensores del despotismo; en suma porque no quieren ser en adelante, ni que la nacion lo sea, juguete de un vil favorito ó de una muger veleidosa.

Hemos dicho ya en otro número de este periódico, y lo repetimos ahora, que qualquier perturbador del orden público, sea en asuntos políticos ó religiosos, debe ser castigado, pero precediendo un juicio, seguido con la debida circunspeccion y madurez. Mientras esto no se verifique, ¿quién tiene derecho para denigrar á sus conciudadanos con la tacha mas odiosa y transcendental? ¿Hay entre nosotros algunos calificados de libertinos por la autoridad competente? Si esto no es así ¿porqué en un descabellado *apéndice* á la gazeta de Cadiz se murmuró tanto de ciertos filósofos venidos de Madrid, Valladolid y Salamanca? ¿Porqué no los designó el autor? ¿ó era su ánimo hacer odiosos á quantos vinieron de aquellos pueblos huyendo de la tirania extrangera y del inmoral ateismo que ella patrocina?

Si á los que escriben así les anima un zelo verdaderamente religioso, corrijan y no calumnien, muéstrense humanos y caritativos, no rencorosos ni perseguidores. Si tienen amor á la patria, no soplen el fuego de la discordia procurando indisponer los ánimos; pero ah! no es zelo, no patriotismo el que mueve sus plumas: otras pasiones son, menos nobles, menos útiles á la justa causa que defendemos: encúbrense con el velo de la religion para dar el golpe mas á su salvo, y acabar con la libertad de la imprenta, temible solo para los que desean las tinieblas por sus fines particulares.

Sin embargo, no es nuestro ánimo comprender en esta censura al Illmo. obispo de Cuenca: le creemos un prelado virtuoso é incapaz de abrigar sentimientos contrarios á la moral evangélica; pero como esto mismo pudiera autorizar mas las equivocaciones impugnadas, nos resolvimos á emprender esta desagradable tarea con el objeto de desvanecer qualesquiera impresiones perjudiciales á los derechos de la nacion.

C O R T E S.

Observaciones sobre las sesiones desde el 8 de Junio.

Aunque la discusion sobre señorios, de que hablamos en los dos números anteriores, y de cuya terminacion daremos cuenta en el inmediato, han ocupado la mayor parte del tiempo de las sesiones de estos dias, se han mezclado, sin embargo, algunos asuntos de que debemos tratar, aunque sea solo de paso y para podernos poner al corriente de las discusiones.

En la sesion del 8 se presentó el ministro de hacienda de Indias, y continuando la exposicion del estado de las Américas, ya principiada por él en el sábado que le tocó el turno, leyó una memoria sobre la isla española ó de santo Domingo, en que haciendo un resumen histórico de su descubrimiento, de los admirables y momentáneos progresos de su industria, comercio y poblacion, y de la decadencia á que vino despues, y causas que la motivaron para en seguida á hacer la descripcion geográfica de la isla, comparando la parte francesa y las ri-

quejas inmensas que producía, con la parte española y la necesidad de socorrerla anualmente con una asignación sobre México de 250 pesos, para pago de sus poquísimos empleados públicos, y de su arzobispo y cabildo eclesiástico. En fin, manifestando después la incertidumbre del estado de prosperidad en que la hallamos quando la conquistó el malogrado y benemérito Sanchez Ramirez, habla de las medidas oportunas con que la regencia pasada procuró su fomento, librándola para siempre de alcabalas, y permitiendo el comercio, con moderados derechos, á nacionales y extrangeros.

Pero faltan aun otras medidas, en sentir del ministro, para llenar completamente el objeto; quales son, la reforma de empleados eclesiásticos, la admision de extrangeros baxo ciertas condiciones, la libertad del abasto de carnes, cuyo surtido se hace hoy con gravamen de los ganaderos, las medidas indirectas que favorezcan la division de las haciendas de ganado ó propiedades inmensas, perjudiciales á su objeto, la abolicion del privilegio concedido á un particular para introducir harinas por quatro años; y en fin, mandar personas instruidas, que visitando dicho establecimiento, informen al gobierno de las ventajas que ofrece, é instruyan á los naturales del modo de utilizar los inmensos recursos que ofrece su suelo y el beneficio de sus minas.

No pretendemos zaherir á nadie; pero como es justo confesar nuestras obligaciones, pedimos al público que cotejen la conducta de los dos ministros de hacienda (de España y de Indias) y la cordialidad con que se prestan á llevar adelante nuestra resurreccion, con la de los otros tres ministros de estado, guerra y gracia y justicia, y las continuas quejas y reclamaciones á que dá lugar su...

no nos atrevemos á darle nombre al retraso que, pasando por sus manos, halla la execucion de algunas de las medidas saludables de las cortes, ni á la omision en proponer é instar por las que deben echar de menos cada uno en su departamento.

Quando el ministro de hacienda de Indias acabe de recorrer en sus exposiciones los diversos reinos y provincias de América, sus informes compondrán una obra que hará apreciable el nombre de su autor á los buenos españoles. ¡Qué monumentos nos dexarán los demas ministros, si continuan como hasta hoy, que hagan grata su memoria! Nos remitimos al diario de cortes para la respuesta.

Nuevos ataques á la libertad de la imprenta, y nuevos triunfos contra la fuerza y la astucia de los malos principios ocuparon al congreso en las sesiones del 11, del 12, del 18 y del 22. El fiscal del consejo D. Antonio Cano Manuel, en quien no podemos suponer ignorancia ni falta de capacidad, denunció al congreso nacional el núm.º 11 del periódico intitulado el *Duende político*. ¿Es acaso el congreso tribunal de justicia? ¿Es junta de censura? No debió preveer el señor fiscal la propension de algunos individuos del congreso á convertir en medidas generales contra la libertad de la imprenta, que el mismo señor fiscal ha sostenido varias veces, las particulares contra los que quebranten los articulos del reglamento? Qué confusión para el mismo señor fiscal, quando lo mirase con serenidad, si hubiese sido causa de que el congreso, accediendo á la opinion de uno de sus individuos, hubiese acordado que los impresos se considerasen como impresos y como no impresos, ó conformándose con la del señor presidente Valiente, hubiese nombrado un denunciador de oficio!

La junta suprema de censura, que se había propasado á exercer funciones de tribunal, se quejó en la sesion del 18 de la desvergüenza y tono insultante con que D. Lorenzo Calvo contestó á la notificacion que le hacia el secretario de dicha junta. Si la junta suprema de censura se hubiera contenido en sus límites, no hubiera Calvo cometido un exceso, que no tratamos ni aun de disculpar; no se hubiera visto insultada, ni hubiera puesto al congreso en la necesidad de mandar que la regencia pase su representacion al consejo real, á fin de que por via de comision administre justicia. Es muy probable que Calvo venga á su tiempo oponiendo la misma tacha de *traidores* á los ministros del consejo, ó que estos, por no verse tratados como la junta de censura, dexen dormir el expediente. ¿Será esto culpa del reglamento sobre la libertad de la imprenta?

En la sesion del 22, dando cuenta á las cortes el consejo de regencia, por el conducto del ministro de gracia y justicia, de haber remitido á la junta de censura el núm.º 11 del *Duende*, con las representaciones del señor fiscal Cano Manuel y del editor de dicho periódico, consultaba si podría tomar las providencias oportunas en los casos de publicacion de papeles sediciosos, sin esperar la formalidad previa de censura, ni remision de ella al poder judicial, segun se creía autorizado á hacerlo por el reglamento provisional del poder ejecutivo. Esto, á nuestro entender, equivalía á preguntar: ¿podrá convertirse el poder ejecutivo en junta de censura y en tribunal de justicia, en los casos que el mismo gradue de extraordinarios y transcendentales?

Una consulta tan extraordinaria ella misma, y tan transcendental, despertó la vigilancia de los defensores de

la libertad de la imprenta, y avisó los deseos de renovar sus tiros contra ella en los que desde el principio la han resistido. El ataque y defensa comenzados en este día, se aplazaron para el 25, en que podemos decir que se nos dió de nuevo; pero que no librarán al congreso de otro y otros muchos ataques: porque, duro es decirlo, parece que *la libertad de la imprenta es la línea de combate en que se disputa nuestra libertad ó nuestra degradación*. Mientras se conserve, duran las esperanzas, y continuará la reforma, aunque lenta; pero una vez perdida (por seguir la metáfora) será preciso abandonar al enemigo el país conquistado, y tomar la defensiva. No tenemos mas fundamentos para opinar así, sino el que produce el mismo *diario de cortes*. Allí sin necesidad de que nosotros hagamos las aplicaciones, puede el amante de la libertad de su patria ver y estudiar desde la instalación del congreso hasta hoy, en las frequentísimas sesiones en que se han discutido los derechos del hombre y del ciudadano, cuál ha sido la opinión de los que nos dieron y sostienen la libertad de la imprenta, y de los que se opusieron á ella y tantas veces han procurado coartarla. Allí puede ver quiénes son los que claman por el restablecimiento de la justicia y por el castigo de los delitos, aun de los que se cometen contra el reglamento de la libertad de imprenta. Al hombre no se le puede conocer por una opinión aislada; pero las discusiones de diez meses dan suficientes datos, y el *diario de cortes* es la historia de la vida pública de los diputados.

Sino se hubieran creído posibles los excesos de los escritores, excusado hubiera sido el reglamento de imprenta; excusadas hubieran sido las juntas de censuras. ¿Se han cometido estos excesos? ¿están comprendidos, se

pueden corregir y castigar por el reglamento? se ha hecho así en efecto? Estas eran las cuestiones, que á nuestro entender, hubieran debido ocupar al congreso en los casos particulares que bien ó mal se han elevado á su conocimiento; pero sin esa triste animosidad, que solo puede producir division de partidos, division de opiniones, division de miras y de intereses; cuyos amargos resultados, una vez extendida su influencia en las clases de la nacion, son bien obvios.

Estas consideraciones, y no la suerte de uno ú otro individuo inconsiderado ó culpable por el modo de escribir, son las que nos exáltan quando vemos atacar la libertad de la imprenta; porque estamos convencidos y prontos á demostrarlo sin faltar al decoro, que *sin publicidad de sesiones no hubiera podido sostenerse hasta hoy el congreso; y que estaria ya enteramente desacreditado si los mismos diputados se hubiesen eximido de la opinion pública, que es su tribunal, poniendo trabas á la libertad de escribir.* Tendremos motivo de insistir en esta materia, con ocasion de la consulta hecha últimamente á las cortes por la junta provincial de censura, sobre la calificacion que ha hecho de varios números del periódico intitulado el *Robespierre español*.

En la sesion del 16 se discutió la proposicion que habia hecho el señor cura de Algeciras Terreros en 31 de mayo, y quedó aprobado que,, conformándose las cortes con el parecer de la regencia, los empleados civiles que se presentaren ó hayan presentado al gobierno legítimo, dos meses después de la instalacion de las presentes cortes, y procedentes de países ocupados por el enemigo antes de la referida instalacion, se hayan y tengan por excluidos de los empleos que obtenían, sin opcion á sueldo, pension ó gratificacion nacional; salvo el derecho en lo demas de

ciudadanos españoles, despues de examinada la conducta pública y fallada su aprobacion; exceptuando solo el caso de un extraordinario mérito patriótico, por el qual se le conservará su destino ó se le otorgará otro mas ventajoso." No era pues, un indicio de corrupcion ni de debilidad la deferencia que el gobierno, y aun el público habían mostrado por los que, no sintiéndose con fuerzas suficientes para decidirse por la justa causa, habían andado omisos en tomar una resolucion. Debieron estos mirarlo como una nueva prueba de la generosidad y nobleza del caracter español: debieron recibir como una compasion, como un favor lo que ya iba tomando un aire de justicia, que insultaba y era perjudicial á los que, quando menos, habían sido mas decididos que ellos, á los que siguiendo la suerte vacilante del gobierno, no se habían excluido ellos mismos de sus destinos.

Esperamos por lo tanto, que este desengaño los hará obrar con mas prudencia; y pues que la fuerza con que se les resista ha de ser proporcionada á vencer la del ataque (al menos mientras haya que proceder con un poco de respeto por la causa que defendemos) no será extraño que si continuan estorbando los progresos de la revolucion, los ponga en estado de no ser perjudiciales la proposicion del señor D. Josef Martinez admitida á discutir, pidiendo se revean por una comision de las cortes las causas de infidencia ya terminadas.

No hay arbitrio: la nacion quiere una monarquía, sugera á una constitucion, y que cese toda arbitrariedad ministerial y consergil: podrá dilatársele el remedio; pero será agriándola y poniéndola en el caso de exigir cada vez mas. De la proposicion del señor Martinez emanan naturalmente otras que estamos previendo, sino se camina

con lentitud y prudencia; pero dirigiendo siempre nuestra revolucion al fin que nos hemos propuesto. ¡Ojalá no sea necesario, para ir adelante, quitar nuevos estorbos! Quisiéramos que los interesados personalmente en este sistema de moderacion, se penetrasen de esta verdad, y renunciasen á la esperanza de poderse sostener en el pie antiguo, aunque la casualidad les ofreciese ocasion oportuna de lograr alguna ventaja momentánea. Quisiéramos que todos, uniendo su suerte exclusivamente á la de su patria, tratasen sólo de salvarla ó de perderse con ella.

Continuan las quejas en el congreso sobre la omision del ministerio en cumplir los decretos de las cortes; con cuyo motivo pidió el señor Castelló en la sesion del 17, y se admitió á discusion: que se nombrase una comision de diputados del congreso, para llevar un registro de órdenes y decretos, y celar su cumplimiento, solicitándolo con castigo irremisible del culpado quando haya motivo para ello.

En la misma sesion propuso el señor Garoz, y se admitió tambien para discutir: que solo en el caso que imperiosamente lo dicten la necesidad y circunstancias se reiteren los decretos del congreso, y que hallándose sin cumplir á los ocho dias de haberse comunicado, á menos de imposibilidad absoluta, se indague y se castigue por inobediente é inepto, ó se suspenda al menos de su empleo, al que resulte culpado.

Estas proposiciones, los fundamentos en que las apoyaron sus autores, y la discusion del dia 18 sobre el párrafo impreso en la gazeta de la regencia, que trataba de seguir en la isla de Leon la causa que se había marcado formar al brigadier Imaz en el 5.º ejército, sirven de comentario á lo que ibamos diciendo anteriormente, y

que estaba bastante claro para los que podían aplicárselo, y sacar provecho de nuestros avisos fraternales.

NOTICIAS.

Luego que llegó á Montevideo el virrey de las provincias del río de la Plata, deseoso de restablecer en ellas la tranquilidad, que solo por sugerencias de algunos pocos facciosos habían perdido, procuró entablar, para el logro de tan loable é interesante objeto, correspondencia con las principales autoridades constituidas; y á fin de estimularlas á que eficazmente y de buena fe cooperasen todas de comun acuerdo á una perfecta y cordial reconciliacion y á la general felicidad de aquellos y estos países, le hizo presentes las benéficas miras y paternales disposiciones de nuestro actual gobierno, y señaladamente los muchos y considerables bienes que debíamos prometernos de la justificación y sabiduría del augusto congreso de las cortes: hizo, en suma, uso de todos los medios suaves que la humanidad y la política dictaban para con unos hermanos nuestros á quienes debíamos suponer seducidos. Las contestaciones que recibió de la nueva junta provisional, de ayuntamiento y de la audiencia de Buenos aires, convencieron al virrey y deben convencernos á todos de que fué falso el pretexto de que los facciosos se habían valido para excitar las turbulencias; falsa igualmente la moderacion que hasta entonces habían afectado; y vanas las esperanzas de reducirlos con reconvenciones á la razon.

„Yo hago á V. E., decia el virrey á la junta, la justicia de creer que sus intenciones fueron las mas sanas, y sus deseos los mas laudables. Se creyó que la España

toda se había perdido y que era ya presa del atroz usurpador que la oprime; se figuró que el gobierno central de la monarquía se había disuelto y extinguido: y en este caso no se pensó mas que en conservar estos dominios para nuestro amado y desgraciado soberano Fernando 7.º; y tal fué el motivo del establecimiento de esa junta provisional. Pero desde entonces todo ha mudado de aspecto: la España existe y existirá con gloria y con independencia: la asombrosa constancia y teson de nuestros valientes hermanos de Europa, y el poderoso auxilio de nuestros generosos aliados nos hacen esperar muy pronto los mas felices resultados en la gigante y gloriosa lucha en que con tanta justicia se halla empeñada la nación.“

„Ya sabrá V. E. que se ha reunido el augusto y deseado congreso de las cortes generales y extraordinarias de la monarquía. Todo buen español se ha electrizado al ver por la vez primera reunidos sus legítimos representantes, y al verlos tratar con tanto acierto y firmeza sobre la reforma de nuestros muchos males y abusos, y sobre la formación de una constitucion sabia é ilustrada que nos ponga para siempre á cubierto de las desgracias que estamos sufriendo en la actualidad.“

Á estas mismas reflexiones que con corta diferencia repite al ayuntamiento el virrey, añade por conclusion: „No se trate de mas que de vivir con sujecion á las leyes de Dios y del estado; de amarnos fraternalmente y de hacernos espectables al mundo: y para que nada falte á tan solemne concierto, juro á nombre del rey la conservacion de los honores, vidas y sagradas propiedades de todos los habitantes de estas vastas provincias, teniéndose esta declaracion como otra ley de *amnistia*, que se transcribirá en las actas capitulares para perpetua memoria.“

Los límites de nuestro periódico no nos permiten presentar en toda su extension esta correspondencia; y creyendo que lo poco que hemos extractado de los oficios del virrey puede bastar para hacer ver la prudencia y cordura con que se ha manejado en unas circunstancias tan críticas, pasamos á dar alguna idea de las contestaciones que ha recibido.

„La sola denominacion, decía la junta, del título con que V. S. se representa á la presencia de un gobierno establecido para sostener los derechos de los pueblos libres contra el caracter dominante y opresor de los mandones constituidos por el despotismo del poder arbitrario, ofende la razon y el buen sentido....; Quán distante está el medio que V. S. propone de restablecerla (tranquilidad) contra el voto unánime de un pais inmenso que acorde en una voz, idea y sentimiento, preferiría gustoso su desolacion y exterminio al goce del aparato vano de promesas insignificantes!“

El ayuntamiento ha pretendido cohonestar su resistencia á reconocer al virrey con las mismas sofisterías de que se han valido y se valen los demás insurgentes americanos. Primera: los abusos y desórdenes de nuestros anteriores gobiernos; como si no hubiéramos todos participado de ellos, ni se tratase eficazmente de remediarlos. Segunda: La ausencia del rey, y la falta de todo otro gobierno legítimo; como si las diferentes provincias de que se compone una nacion no estuviesen enlazadas y reunidas por otro vínculo, ni debiesen reconocer otra conexión que la de estar gobernadas por un mismo rey; como si pudieran formar una misma nacion, una misma familia, sin estar todas mutuamente obligadas entre sí, antes y sin necesidad de la existencia del rey ni de ningun otro gobierno;

últimamente, como si la nación, á quien privativamente compete la constitucion del que tenga á bien elegir, no hubiese conocido ni tratado de reformar los defectos del que solo la necesidad pudo obligarla á adoptar. Hablamos, por supuesto, de la regencia designada por la junta central. Tercera: el *exemplar de las provincias europeas, que al tiempo de la invasion de los franceses establecieron con general aprobacion sus juntas supremas*; como si las provincias ultramarinas se hallasen en las mismas circunstancias, las únicas que pudieron justificar y aun hacer sumamente loable lo que en otras qualesquiera hubiera sido notoriamente criminal; y como si lo que se llamó soberanía de las provincias europeas hubiese significado separacion é independencia absoluta, y disolucion de todos los vínculos que las unian entre sí y á la nación, á quien exclusiva é indivisiblemente corresponde la soberanía.

No tiene duda que si cotejamos los términos en que están concebidas estas contestaciones con los que han usado en las suyas los facciosos de Caracas, podrá parecer á primera vista que no es igualmente criminal la conducta de los de Buenos-aires. Pero bien examinada la cosa, el resultado viene á ser sustancialmente el mismo: al cabo unos y otros se niegan á entender de razones y se manifiestan resueltos á sostener á todo trance la determinacion que una vez tomaron. ¿Qué otro arbitrio restaba, pues, para restablecer el buen orden, sino hacer uso de la fuerza? Ya que la experiencia ha demostrado la triste necesidad de acudir á tan doloroso recurso, muestra el virey tanta firmeza y constancia en sus determinaciones, tanta actividad y energia en llevarlas á efecto como suavidad y dulzura había anteriormente manifestado.

El 2 de marzo tres buques de guerra, cuyo mando

había la junta confiado á gefes franceses, fueron apresados en el Paraná por dos bergantines y dos faluchos del rey comandados por el capitán de fragata D. Jacinto Romarate, después de un obstinado combate en que nuestros oficiales de marina y artillería dieron las mas señaladas pruebas de su pericia y valor.

Posteriormente ha dado el virey orden para apresar todo buque que navegue con patente de la Junta de Buenos-ayres, y qualquiera otro, sea qual fuere su pavellon, que después del 15 de marzo haya entrado en puerto sugeto á aquel intruso gobierno.

El virey de Lima, cuyo acendrado patriotismo se da bien á conocer por el extraordinario zelo con que sin dexar de atender á las urgencias de la península, procura contener y desbaratar los proyectos de los rebeldes de Santa-Fé y de Buenos-aires, ha remitido á Montevideo 3000 pesos fuertes, y 500 quintales de pólvora.

Las gazetas de México] están llenas de los triunfos conseguidos en diferentes puntos de aquel vireinato por las armas del rey, hasta la prision de todos los principales gefes de la insurreccion. ¡Qué gloria para aquel virey y para los dignos militares á quienes ha confiado la execucion de sus ordenes, el haber tan poderosa y eficazmente contribuido á la salvacion y felicidad de una parte tan considerable é interesante de la nacion española!

Cádiz: en la Imprenta de D. Vicente Lema. Año de 1811.